

## IBARRECOLANDA, LA PRIMERA CASA DEL SAGRADO CORAZÓN

Fué tarea difícil encontrar una casa que reuniera las condiciones necesarias para acoger a toda clase de enfermos, incluidos los tuberculosos, tan temidos por el contagio en aquella época. Dos años en los que Rosario y Teresa, recorren todo Bilbao y los montes que la rodean. Son más de cincuenta edificios los que llegan a visitar. Por fin, a finales de 1948, encuentran en Ibarrecolanda (Deusto) un chalet de tres pisos, con casa de jardinero y bastante huerta, que estaba en venta, y que les gusta mucho desde el primer momento.

No disponiendo de más capital que la «Confianza absoluta en el Sagrado Corazón» hablan del asunto al Presidente de la Caja de Ahorros Municipal, Don Eliseo Migoya, quien al conocer los fines de la Institución, se ofrece en nombre de la entidad y con la aprobación de su Junta, a adelantar la cantidad necesaria para la compra de la finca, que podrán amortizar en veinte años, y sin firmas, ni hipoteca que avalen la operación.



Comienzan enseguida las obras de acondicionamiento, y el 5 de Septiembre de 1949, el Sr. Arcipreste Don Domingo Abona bendice la casa, y al dia siguiente el Padre Aristegui celebra la primera Misa en la Capilla dando gracias a Dios por todos los beneficios recibidos.

No se había terminado aun de preparar la casa, cuando el 22 de Septiembre llega el primer enfermo, A.G. tuberculosa pulmonar, que se encuentra en la mayor necesidad. Así empieza a ocuparse el hospitalito con enfermos abandonados y tuberculosos desahuciados.

Las Hermanas, que se formaban como novicias en el piso de Moyúa, acudían diariamente para atender a los enfermos y prepararse en la práctica, quedando siempre un turno de dos hijas, tanto de día como de noche. La primera en ingresar como novicia fue Sabina Zamalloa, natural de Gáldacano.

Colaboran también como auxiliares internas Doña Nicolasa, Avelina y Petra. Y como externos, un grupo de personas, que enterados de la obra que comenzaba, vinieron a ofrecerse en cuanto hiciera falta.

El primero en hacerlo fue el Doctor Don Enrique Usobiaga, quien con una entrega y constancia extraordinaria, sigue atendiendo a los enfermos hasta el día de hoy. Don Enrique fue quien preparó para los estudios de enfermera a Rosario Vilallonga y Teresa Jauregui, cuya ayuda solicitaron, cuando estaban proyectando la fundación en octubre de 1945. También, desde el primer momento y con el mismo cariño a la Institución, prestaron sus servicios médicos, Don Ramón Jáuregui y Don Julián Lázaro. «Mis doctores» como cariñosamente les llamaba la Madre.

Fue aquel un tiempo muy duro, tanto para las hermanas como para los médicos. Todos o casi todos los acogidos eran enfermos desahuciados, personas jóvenes pendientes de una hemoptisis imposible de parar; una enfermedad tan dura o quizás más que hoy el sida, por la agonía tan lenta y el aislamiento que les hacían todos los suyos, e igualmente una sociedad tan mentalizada y asustada por el contagio. Muchos de los cuales, dado la gravedad con la que ingresaban, fallecían al poco tiempo. Casi nada se podía hacer para curarles, pero era mucho el gran consuelo de acompañar y aliviar sus vidas, y sobre todo acercarlos a Dios. Hubo verdaderas conversiones, Fernando, Luisito, Angel, Benito, morían llenos de aceptación y paz, algunos de ellos dando ejemplo de auténtica santidad.

Germán R. es el primer enfermo varón.

Ingresó el día de Cristo Rey. De cincuenta y tres años, tuberculoso desahuciado por los médicos. Vivía en la mayor miseria, en un habitación interior, sin ventilación, junto a su hija, yerno y una nieta de veinte días. En el poco tiempo que vivió entre nosotros, dejó un maravilloso recuerdo, por su caballerosidad, delicadeza y agradecimiento. «He encontrado aquí mi verdadera familia. Esta es la casa de Dios, donde se respira paz y bienestar» nos decía. Murió santamente, precisamente la Noche de Navidad -la primera Nochebuena que vivimos en Ibarrecolanda- atendido espiritualmente por el Padre Aristegui. Este ha sido nuestro primer santo.

Recordamos también a Josefa F. cuarta enferma llegada a la casa. Desfigurada físicamente por quemaduras en la cara y una exagerada cojera, despreciada por su familia, tenía un corazón bueno, generoso y sensible hasta la exageración. Hablaba con media lengua pero era tan simpática y graciosa, que pronto se ganó el cariño de todos. En su carrito de dos ruedas se pasaba la vida entre la capilla y el porche, donde recibía a las señoras que llegaban a la casa. Todo el mundo hablaba con Josefa, y todos le pidieron que en las horas interminables que pasa en la Capilla, ruegue al Señor por sus intenciones. Vivió feliz en la Institución. «De aquí al Cielo» solía decir.

Merece la pena recordar también a Luisito, joven de veinte años que ingresó en gravísimo



Primeras Hermanas y enfermos en Ibarrecolanda

estado. Se le encontró en un gran abandono material y moral. De niño quedó manco, al explotarle una bomba de mano durante la guerra, y al no poder trabajar se había dedicado al robo con una cuadrilla de golfillos como él. Había estado ingresado en el Reformatorio de Amurrio hasta que cayó enfermo. Desde el momento que ingresó en la Institución cambió por completo, frecuentando los Sacramentos. El Espíritu hizo en él una verdadera transformación. En la procesión el día de la Virgen del Carmen, pidió que le ayudasen a cantar -tenía los pulmones deshechos- porque «quería morir cantándole». A un amigo que le acompañaba, y rezaba a la Virgen por él, le dijo: «No, la salud no me interesa, yo quiero ir al Cielo» Y así fue, murió santamente a los dos días, dejando a todos edificados.

El cariño y admiración en Bilbao hacia la Institución es grande, y pronto se formaron grupos de seglares, como el de cocina con Rosi Anduiza, quien a sus jóvenes años comenzó una tarea, que aun continúa, con admirable dedicación. O el del costurero en el que Merche Beltrán de Heredia y otras señoras cosen y planchan la ropa de la casa. Todos estos trabajos se hacían con un gran cariño hacia los enfermos y la Institución, y en un ambiente de entrañable amistad y alegría.

Don Eduardo Lopez Sanz, fue otro buen colaborador, que aconsejó y acompañó a la Madre Rosario en las gestiones ante las Administra-

ciones Públicas, y otros organismos. Continuó haciéndolo a lo largo de los años, como cuando la fundación de la casa de Granada, a donde acudió con ella en varias ocasiones.

Además del Padre Arístegui, eran muchos los sacerdotes y religiosos que acudían para la atención espiritual. No podemos olvidar a D. Tomás Iza de Villaro, D. Eusebio Sendino o al Padre Pereda S.J. que fervoroso y sencillo, hacía mucho bien con sus homilías y trato ameno y afectuoso con los enfermos. Al confesor de estos «Aitá Pachi»,

sacerdote pasionista de gran humildad, quien les acompañaba en el rezo de la penitencia, y quien más de una noche la pasaba en oración, adjudicándose en nombre de los enfermos la satisfacción penitencial que el mismo les había impuesto.

Como toda obra que empieza había muchas dificultades, pero la confianza en la Divina Providencia era inquebrantable. Esa fe se vivía plenamente, y los milagros eran constantes en el acontecimiento diario.

Aquí estuvimos veinte años, hasta que por la escasez de cabida, hubo que dejarla, y trasladarnos a Monte Avril en el

año 1967. Pero el recuerdo de Ibarrecolanda, la primera Casa de la Institución Benéfica del Sagrado Corazón permanecerá siempre en nuestro corazón.



FOTO.- Azulejo en la entrada de la Casa de Ibarrecolanda